

La crisis terminó, sus efectos permanecen

Edelberto Torres-Riva*

Cada vez más el tema de la crisis va llenándose de significados ideológicos en el sentido de distorsiones del entendimiento científico de la realidad. En el pasado reciente ningún análisis referido a Centroamérica ha dejado de considerarla como una sociedad en crisis, aunque se difiera radicalmente en las explicaciones de la misma. En nuestra óptica, las crisis son etapas de ruptura en las que se altera el sentido —la dirección— en que marchaba la historia. Son trastornos que nada tienen de contingentes, momentos que pueden ser períodos más o menos breves en que la suma de contradicciones que animan a una sociedad, ponen a prueba y dificultan su propia reproducción. Empíricamente, aparecen como una sucesión de sucesos problemáticos, como síntomas de tensiones que no se resuelven sino a través de enfrentamientos, conflictos, violencias... Y como toda crisis, también hay desenlaces imprevistos pero que resuelven la naturaleza contradictoria de su desarrollo.

En trabajos anteriores caracterizamos la crisis centroamericana, gestada en diferentes momentos, en los años setenta primero como una profunda crisis de legitimidad del orden político, expresada en conflictos sociales violentos en tres de los cinco países de la región. A diferencia de la crisis política que fue primera en el tiempo, la crisis económica a comienzos de los ochenta afectó a todos los países. Terminando la presente década, la compleja y difícil situación centroamericana constituye la suma de desastres de distinta naturaleza, encadenados fatalmente entre sí. A los conflictos políticos violentos, que adoptaron en algunos momentos la forma de una guerra civil, se suma la crisis económica en

la expresión de un estancamiento productivo prolongado, luego o concomitantemente, la bancarrota administrativa de las diversas cohortes cívico-militares que gobernaron entre 1960 y 1982 y, finalmente, la fuerza destructiva e incontrolada de tres terremotos, dos huracanes y un largo período de sequía. Todo ello ha contribuido a cambiar profundamente la sociedad centroamericana.

Las consideraciones que se hacen en este trabajo, tienen como punto de partida un supuesto sin duda discutible: pensar en Centroamérica ubicándola en el marco de una nueva situación histórica. Afirmamos, por ello, que el núcleo más agudo de la crisis ya pasó. Lo que persiste, nótese bien, son los efectos catastróficos que ella dejó, en la medida en que está lejos de recomponerse la vida socioeconómica y política en la forma en que ella existió a comienzos de los años setenta. De hecho, nada podrá reconstituirse a la manera de aquellos años. Las consecuencias negativas persisten y parece imposible reconstituir una sociedad como la de antaño. Pero la crisis pasó. Se resolvió en su dimensión política con la ruptura que significa la caída de Somoza y el ascenso de los sandinistas al poder. A partir de ahí toda la dinámica de los conflictos que constituyeron la crisis fue distinta. Por su parte, la crisis económica empezó a ceder después de 1985 cuando el comportamiento económico, errático, difícil, de los grandes equilibrios macroeconómicos empezó a cambiar.

La situación regional es difícil pero no igual para todos y algunos de sus problemas no tienen solución inmediata. De hecho, la crisis profundizó las diferencias nacionales; de los muchos efectos que es posible separar analíticamente, queremos referirnos brevemente a cinco aspectos que consideramos importantes. Lo son tanto porque sin ellos no se

* Secretario General de FLACSO.

comprendería la nueva realidad regional, como porque de no superarse los efectos perversos que ellos expresan, Centroamérica caería en una nueva crisis. En una crisis de disolución.

Los efectos macroeconómicos de la crisis

La crisis de la deuda externa no es la crisis económica de Centroamérica, tal como ocurre en el resto de América Latina. La crisis se originó en múltiples factores externos que activaron las debilidades de una sociedad básicamente agraria, abierta al exterior, con una base manufacturera muy protegida por el Estado y sobre todo, que generó en su crecimiento nuevas formas de desigualdad social. Lo externo alude a la caída de los precios internacionales de los productos primarios, en dos momentos de la década de los setenta y el aumento en los precios del petróleo a comienzos de la misma.

El punto a considerar es que la crisis, que se caracterizó como una tendencia generalizada al estancamiento económico —recuérdese que en 1965/1970 se creció en un 4.9% promedio y en 1975/1980 en un 3.7%— ha causado trastornos y reajustes de diversa naturaleza. A partir de 1981 la economía regional tuvo un débil movimiento del 0.4% en los primeros cinco años. Posteriormente ha tenido signos de mejoría con caídas recurrentes. El momento del estancamiento terminó en general para los cinco países de la región, pero los promedios y los ritmos varían.

Las diferencias son ciertamente apreciables, pero Centroamérica tiene más similitudes en sus problemas económicos y en los desafíos para resolverlos que en los aspectos políticos, donde nadie se parece a nadie. Sin entrar a discutir cuán semejantes eran las economías antes de la crisis, habrá que admitir que hoy día son crecientemente diversas. En todo caso, las bases de las transformaciones económicas experimentadas favorablemente en los lustros precedentes, parecen haberse debilitado con la crisis y a partir de allí, es imposible imaginar su restablecimiento. En primer lugar la agricultura tradicional de exportación se ha debilitado profundamente y las políticas de ajuste han modificado de manera significativa los condicionantes macroeconómicos y las relaciones entre los otros sectores de la economía. En segundo lugar, la estabilidad monetaria y financiera se ha alterado, provocando por vez primera en cuatro de los cinco países devaluaciones, tasas de cambio declinantes, e inflación en todos

ellos. La experiencia de otras sociedades es que el virus de la inestabilidad monetaria y de inflación se instala por largos períodos y no se va. En tercer lugar, el crecimiento industrial se trastornó por varias causas. La demanda cayó y está dejando de apoyarse en las fuertes barreras arancelarias que favorecían una producción manufacturera orientada hacia el mercado común regional. El proyecto de integración entró en crisis de estancamiento y las nuevas políticas económicas no están dirigidas a su restablecimiento. En síntesis, erosionadas las bases del crecimiento de la postguerra, en parte por los factores externos mencionados y en parte por el estilo de desarrollo interno que los grupos dominantes impusieron, la crisis ha dejado una serie de consecuencias profundas y difíciles de superar.

a) En relación al sector primario, debe subrayarse que el mayor problema de Centroamérica es que su sistema productivo agrícola no es capaz de alimentar a su población. De hecho, nunca ha habido autoabastecimiento en todos los productos básicos de consumo popular, en todas las épocas y para todos los países. Pero hoy día, los déficits son alarmantes simplemente porque la población crece y porque como resultado del estilo de desarrollo precedente, la sociedad campesina entró en una nueva fase de descomposición, que la crisis agrava aun más. El problema del desabastecimiento del consumo popular tiene diversas facetas y no es simplemente un problema de falta de producción o de déficit estático.

El número de población que trabaja en el sector agrícola tradicional ha disminuido en todos los países, aunque su descenso es menor en aquellos países que han hecho reformas agrarias, como El Salvador y Nicaragua. Aunque su naturaleza sea distinta, el efecto campesinista de ambas es común. Ha disminuido el porcentaje de la superficie que estaba dedicada a la producción de alimentos básicos, salvo en los dos países mencionados. El "dualismo" de la agricultura ha dado paso a una heterogeneidad de tenencias productivas y la identificación de pequeña propiedad y producción para el mercado interno no se mantiene en ese nivel de simplismo. Tampoco es cierto que el azúcar, la carne o el algodón sólo sean productos de exportación. Corresponden a un doble mercado. El resultado de todo esto es una redefinición del papel del mercado interno, que tiene que ver no sólo con un rápido y violento proceso de urbanización campesina sino con la crisis del sector campesino de la economía, que ahora es más aguda y extendida. Ahora hay más consumidores (sin o con

pocos ingresos), hay demanda (insolvente) pero menos productores de granos básicos. Esta situación es el resultado, una caricatura, un ejemplo no tanto de la crisis actual sino del vigoroso crecimiento anterior.

Otro cambio importante, que tiene consecuencias para el futuro, es la redefinición de la agroexportación, en el sentido de que los productos que modernizaron la agricultura centroamericana en la postguerra, virtualmente han desaparecido (algodón, carne, azúcar) y el café y el plátano continúan siendo los rubros más importantes por su contribución en divisas, en trabajo y en el dinamismo que le im-

primen al conjunto de la economía. Han aparecido nuevos rubros de exportación, siempre de naturaleza agropecuaria y más dependientes que nunca del mercado norteamericano, pero ya no enteramente bajo control nacional y sin la magnitud dinámica que en su momento le imprimieron a la economía productos como el algodón o la carne.

Propuestas para el futuro han sido formuladas por diversos organismos internacionales. El IICA ha propuesto un ambicioso plan de desarrollo agroindustrial como salida a la crisis. Para nuestro propósito de síntesis, es necesario insistir en que la reactivación de la agricultura no puede hacerse

| | 1971-1980 | 1981-1986 |
|-----------|-----------|-----------|
| Maíz | 2.5 | 2.6 |
| Frijol | 1.8 | 9.3 |
| Arroz | 9.3 | 2.9 |
| Sorgo | 4.3 | 4.1 |
| Población | 3.1 | 3.0 |

Fuente: SIECA, *Series estadísticas seleccionadas de Centroamérica*.

Cuadro 1 - Crecimiento del volumen de la producción de granos básicos y crecimiento de la población. (En porcentajes).

| | Maíz | Frijol | Arroz | Sorgo |
|-----------|-------|--------|-------|-------|
| 1971-1975 | 90.7 | 11.2 | 2.5 | -2.3 |
| 1976-1980 | 122.7 | 7.4 | -12.8 | 9.4 |
| 1981-1985 | 163.0 | 16.7 | 1.4 | 1.1 |

Fuente: SIECA, *Series estadísticas seleccionadas de Centroamérica*.

Cuadro 2 - Promedio quinquenal del volumen de importaciones netas de algunos alimentos básicos. Los números positivos son importaciones netas. Los números negativos son exportaciones netas. (En toneladas métricas).

| | PEA que trabaja en sector agrícola | | | | | Superficie bajo finca dedicada a alimentos básicos | | | |
|-------------|------------------------------------|------|------|------|--------------------|--|------|------|--------------------|
| | 1950 | 1960 | 1970 | 1980 | Descenso 1950-1980 | 1960 | 1970 | 1980 | Descenso 1960-1980 |
| Costa Rica | 20 | 20 | 19 | 15 | -25 | 21 | 11 | 10 | -52 |
| Panamá | 47 | 42 | 32 | 25 | -47 | 18 | 14 | 12 | -33 |
| El Salvador | 35 | 25 | 28 | 30 | -17 | 21 | 24 | 25 | +19 |
| Guatemala | 45 | 39 | 37 | 33 | -27 | 42 | 36 | 36 | -14 |
| Honduras | 50 | 50 | 40 | 33 | -34 | 26 | 20 | 18 | -31 |
| Nicaragua | 26 | 29 | 26 | 24 | -8 | 9 | 14 | 13 | +44 |
| Istmo | 37 | 34 | 33 | 27 | -26 | 23 | 20 | 19 | -17 |

Fuente: Dierckxsens, Wim. *Políticas económicas y sus efectos en el sector rural*, cuadro núm. 15 (manuscrito, San José, 1987).

Cuadro 3 - Población activa que trabaja en el sector agropecuario tradicional y superficie dedicada a alimentos básicos, años 1950-1980, por países. (En porcentajes).

aisladamente. Menos aún reduciéndola al desarrollo de la agroexportación solamente. Tiene que ser considerada la condición del campesinado, el problema del acceso a la tierra y a los recursos productivos, no sólo para combatir la pobreza generalizada que hoy día existe o para ampliar el mercado sino porque sin resolver este problema no habrá soluciones dinámicas de largo plazo.

Y habría, sin duda, nuevos factores de desestabilidad política y de violencia. Y menos condiciones favorables para la transición democrática.

b) El sector más dinámico de la economía fue el sector industrial y su crecimiento asociado al mercado común centroamericano constituyó una experiencia exitosa de desarrollo hacia adentro en la línea de sustitución de importaciones bajo la dirección y con el sacrificio del Estado. Hoy día esa experiencia se ha debilitado notablemente. Nuestro interés no es analizar esa experiencia, sino señalar, como parte de los efectos de la crisis, aquellos cuya puntualización es el objeto de este trabajo. En primer lugar, resulta sumamente difícil restituir el funcionamiento del crecimiento industrial con base en el mercado regional exclusivamente. O dicho de otra manera, el mercado centroamericano puede ser un factor dinámico, pero no el único y, en consecuencia, tanto el proyecto de integración como las líneas del desarrollo industrial tienen que ser otras.

Para revitalizar el desarrollo industrial tiene que producirse una reactivación de las exportaciones agropecuarias, tradicionales o no. Alcanzar nuevas tasas de crecimiento supone también una cierta inversión de capital, nacional o extranjero. Pero lo más importante es que el futuro del sector industrial ya no puede descansar en las condiciones de protección aduanera y estímulos fiscales, sea esto consecuencia de las nuevas condiciones creadas por la crisis, sea por la imposición de los ajustes estructurales requeridos por los organismos internacionales.

La crisis económica contribuyó decisivamente a la reversión del proceso de industrialización. No sólo fue el efecto de reiterados años de estancamiento en el que estaría presente un mercado internacional desfavorable, ni tampoco las consecuencias de la huida del capital local y el retraimiento de la inversión extranjera como resultado de la inestabilidad política y la inseguridad que provocan los conflictos sociales. Hoy día Centroamérica se encuentra en un proceso errático de desindustrialización/relocalización cuya dirección no corresponde, como en el pasado, a las políticas del Estado trazadas conjuntamente con diversos sectores del empresariado local y, ciertamente, bajo el impulso de la integración económica regional. La crisis redujo la producción industrial en los años comprendidos entre 1981-1986, producción que ahora se redefine: hasta antes de estos hechos, la producción manufacturera estuvo orientada a consumidores centroamericanos de medianos y altos ingresos. La crisis económica ha revertido este proceso de industrialización protegida (538.3 millones de dólares de intercambio en 1985 y 1 192.2 en 1980), para desarticularlo e iniciar, hoy día, un redimensionamiento del sector con vistas a su enfrentamiento con el mercado mundial. Las siguientes son algunas cifras que revelan el estancamiento del sector:

El valor de la producción industrial (en dólares a precios de 1980), que era de 4 482.9 millones en 1980, pasó a 4 127.0 en 1986. Son más importantes los cambios en su estructura interna y en su destino. El problema que se quiere señalar aquí es que en la situación de postcrisis que hemos empezado a transitar, la recuperación industrial debería formar parte de una política inmediata e inherente a la solución de la crisis. No obstante, esta recuperación deberá pasar necesariamente por una etapa de despliegue industrial, o propiamente, de un nuevo modelo de desarrollo industrial como ya se viene

| | 1970-1974 | 1975-1979 | 1980 | 1981 | 1982 | 1983 | 1984 | 1985 | 1986 | 1987 |
|---------------------------------------|-----------|-----------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| Tasas anuales | | | | | | | | | | |
| crecimiento industrial | | | | | | | | | | |
| manufacturados | 6.6 | 3.8 | 1.8 | 4.6 | 6.2 | 2.3 | 4.1 | 0.1 | 3.0 | 2.8 |
| PIB industrial | 16.4 | 17.3 | 18.2 | 18.1 | 17.7 | 18.0 | 18.2 | 18.3 | 18.5 | 18.7 |
| Importaciones productos industriales* | 42.4 | 46.5 | 41.5 | 41.6 | 41.9 | 45.8 | 42.0 | 40.7 | | |

* Incluye materia prima, productos intermedios y materiales de construcción.

Fuente: CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina y El Caribe*. Chile, 1987, páginas 89, 90 y 111.

Cuadro 4 - Indicadores de la crisis industrial en Centroamérica en los años 1970-1987.

intentando con desigual éxito en algunos países de América Latina, y que en las condiciones de Centroamérica resultará difícil.

No existe, en realidad, un proceso de desindustrialización, como pareció producirse en los primeros años de la década de los ochenta, en que disminuyó la producción, se contrajo la demanda de bienes industriales, se agravó el desempleo en el sector, etc. Lo que está ocurriendo es un cambio en el patrón de crecimiento industrial que se basó en un activo papel del Estado en la protección del mercado interno a través de barreras arancelarias, exoneración de impuestos, capital barato, todo ello destinado a sustituir importaciones de productos terminados por importaciones de componentes industriales. Todo eso se acabó. Lo único que probablemente persistirá serán los bajos salarios y el "sacrificio" fiscal del Estado, que a la postre, son un castigo a los segmentos más pobres de la sociedad, que recibían a través de los servicios asistenciales una renta indirecta. Y era una manera eficaz de revalorizar los salarios.

Las políticas de ajuste estructural no se han intentado de igual manera ni al mismo tiempo en Centroamérica. Pero a la mitad de 1989 en Guatemala y Costa Rica (en menor medida, en El Salvador y Honduras y con otras características en Nicaragua) la reconversión industrial implica una propuesta de desagravación arancelaria a tres años, plazo para forzar a los empresarios a la competencia en un mercado libre, lo cual significa, entre otras cosas, abandonar literalmente el esquema de integración económica y salir a competir en la búsqueda de nuevos compradores. La propuesta implica una renovación por la vía de la producción y exportación de productos no tradicionales; sin embargo sólo las de Guatemala y Costa Rica son las únicas economías de la región que pueden tener proyectos y aún aplicarlos. De hecho, Honduras nunca tuvo una industria competitiva en el interior del llamado Mercado Común Centroamericano. El Salvador ha sufrido con la guerra civil una destrucción de sus fuerzas productivas tan importantes como la relocalización empresarial. Sus pocos activos fijos sobreviven por la masiva ayuda norteamericana, en la forma de fondos de apoyo económico a la balanza de pagos. Y Nicaragua, que tampoco tuvo una industria fuerte, se empezó a debilitar en el período de la lucha contra Somoza, continuó con la guerra mercenaria y por el efecto del boicot norteamericano. No es imaginable, en el caso de los tres países mencionados, la

posibilidad de acomodarse fuera de un renovado esquema de integración regional.

Esto último constituye otro dato de la nueva situación centroamericana: el lento mecanismo puesto en marcha para dismantelar cualquier proyecto de integración regional. Cada país está negociando individualmente "su propia receta de sobrevivencia, sin pensar en una posición común. Frente a las fuerzas desintegradoras representadas por el Banco Mundial, la AID, el FMI, y el BID, los únicos aliados que tendrán los industriales" parecen ser la Comunidad Económica Europea, por un lado o las propuestas esperanzadoras de la Comisión Sandford.¹

Las democracias de baja intensidad

En el transcurso de la crisis y seguramente como un resultado no suficientemente estudiado de ella, se abrieron procesos electorales en todos los países de la región. Las consultas electorales suponen un espacio para que los partidos políticos y sus cuadros se muevan con cierta libertad. Aunque limitado en su diversidad ideológica hubo que dar paso a cierto pluralismo, así como a expresiones independientes en los medios de comunicación. Las llamamos democracias de baja intensidad por la debilidad intrínseca de las instituciones políticas democráticas actualmente existentes, por la inexperiencia de las fuerzas sociales y políticas y la ausencia de tradiciones culturales, pero sobre todo, por el origen de esas fuerzas autoritarias que no han desaparecido del escenario.

No debe olvidarse que estas elecciones —constituyan o no el inicio de procesos de democratización por arriba— han sido convocadas, organizadas y controladas por los ejércitos. Lo cierto es que la constitución de una democracia política puede empezar ciertamente con actos electorales, tal como ha sucedido en los últimos cuatro años en cuatro sociedades de la región. De ser así, se estaría interrumpiendo una tradición de elecciones sin democracia como ocurrió, por ejemplo, en la larga época de Somoza en Nicaragua, o en el período "democracias de fachada" en El Salvador y Guatemala (entre los períodos de 1960/1964 y 1970/1983).

1 *Crónica*, núm. 7, 14-IV-1989, Guatemala, página 30.

En los ejemplos contemporáneos de Guatemala, El Salvador y Honduras, aparecen regímenes políticos encabezados por civiles, con ejércitos fuertes pero divididos y organizaciones democráticas aún débiles y limitadas. Es éste el resultado de largos años de ejercicio de la violencia contrainsurgente por parte del Estado en los dos primeros y del agotamiento en los mecanismos de la legalidad y la sucesión en el último. En el caso de Nicaragua se trata también de una estructura democrática débil, propiamente incipiente. La destrucción/ocupación del viejo Estado somocista y la reorganización de la sociedad se han visto seriamente obstaculizadas por la guerra mercenaria y por el embargo comercial impuestos por Estados Unidos. Y porque las habilidades técnico-administrativas no tienen por qué formar parte de una vanguardia política. Los cambios habidos desde la instalación de la Asamblea Popular y la organización de sectores sociales populares (mujeres, jóvenes, agricultores, etc.) hasta hoy día constituyen una transformación de un proyecto de democracia participativa a una representativa. En estos asuntos y dada la dimensión de la crisis centroamericana no valen mixtificaciones. Salvo en Costa Rica, no existen sino débiles procesos de construcción democrática.

La democracia política no es un camino ascendente; las experiencias de libertad no son acumulativas; la cultura de la tolerancia no prospera en sociedades polarizadas social e ideológicamente. Tampoco se decreta ni se inventa como parte de la política exterior de una gran potencia. La democracia posible en Centroamérica es aquella que puede ser establecida como resultado de la capacidad política de las fuerzas sociales internas para generar instituciones políticas (participatorias y representativas) establecer pactos, alianzas, explícitas o de hecho. También, aunque con las dificultades de hoy día, estructuras económicas menos injustas para los intereses de la mayoría. Estas últimas, para que sirvan de piso a una ciudadanía menos simbólica y formal.

En los últimos dieciocho meses ha habido elecciones presidenciales y para el parlamento en todos los países (salvo Guatemala) con resultados similares ya que en todos lados ha ganado la oposición. Se discute si el deslizamiento cultural que hay hacia la derecha en el mundo, explica estos resultados electorales. En todo caso, como puede verse, el escenario político centroamericano está hoy día caracterizado por la desaparición de la izquierda electoral, con excepción de Nicaragua y por la pre-

sencia de fuertes corrientes de la derecha en la opinión pública. No es fácil decir que esta derechización del proceso electoral sea otro resultado de la crisis pues en América Latina ha ocurrido también un vuelco conservador.

La experiencia de Centroamérica demuestra que la permanencia de una estructura autoritaria no depende sólo del papel del Estado, ni de su predominio exacerbado sobre la sociedad. Asistimos más bien a una falencia estatal creciente. Lo autoritario se origina en la tradición de formas violentas de confrontación política, incapacidad para el diálogo público, para asimilar la oposición... Lo autoritario implica la constitución de fuerzas sociales en cuya afirmación política la violencia ocupa un lugar central, constituyente; que no logran hacerlo en la competencia electoral ni en la negociación parlamentaria. Son estas fuerzas sociales predominantes las que determinan y califican las formas que adoptan los enfrentamientos sociales y políticos. Las fuerzas de izquierda insurreccional corresponden a esta modalidad impuesta. Por otro lado, si la violencia no implica consenso sino aceptación pasiva, resulta evidente que democracia en estas condiciones es la vigencia plena de los derechos humanos.

En resumen, en la mayor parte de los países de la región no hay una transición democrática, con "rupturas pactadas" (salvo en Nicaragua, donde fue violenta y en Costa Rica, donde se mantiene la tradición pacífica) sino un deslizamiento del poder, lento y controlado, hacia fuerzas civiles políticamente conservadoras. Modestos cambios que alimentan la esperanza en unos y la impaciencia en otros.

Contradictoriamente, las violentas luchas sociales que derivaron en enfrentamientos armados en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, han podido ser compatibles con procesos donde los intereses clasistas se configuran de nueva manera como procesos electorales, donde una ciudadanía es asumida como igual y libre. Y lo que sin duda era enfrentamientos violentos entre fuerzas sociales armadas (aunque aparezcan como luchas entre aparatos militares) se disuelve en competencia pacífica entre partidos. Queda para otro momento explicar cómo opera esta sustitución de mediaciones. Lo importante es que en el período que vive hoy día toda Centroamérica, el juego de partidos y la competencia electoral ganan presencia y crédito.

Transitoria o no, ésta es la situación del período post-crisis. Las luchas políticas suponen una ciudadanía igual a contrapelo de la terrible diferenciación social que la crisis económica no ha hecho sino

profundizar. Y se produce además una suerte de transferencia ideológica desde el exterior en el que los grandes debates electorales no tienen nada que ver con los profundos problemas de la sociedad. Por ejemplo los temas fundamentales relacionados con las marcadas dificultades para resolver las necesidades básicas de la mayoría de la población, la violación de los derechos humanos, el restablecimiento de formas y recursos de seguridad y sociabilidad perdidas en el período más agudo de la crisis, etc. no cuentan para nada. Estos temas básicos, si se abordaran responsablemente, implicarían una posición crítica frente al orden vigente y una referencia a las causas de la descomposición social, a la que nos referimos más adelante.

No existen fuerzas electorales para hacer tales planteamientos salvo en Nicaragua, donde el juego democrático sirve para colocar a la competencia en su fórmula extrema de la permanencia o la sustitución del sistema y no del régimen. El debate político y sobre todo la mera contienda electoral transcurre a través de recursos —más o menos sofisticados— de publicidad y de utilización de medios técnicos audiovisuales que reducen las expectativas de ejercicio democrático; de participación y educación democráticas y que exigen decenas de millones de dólares.

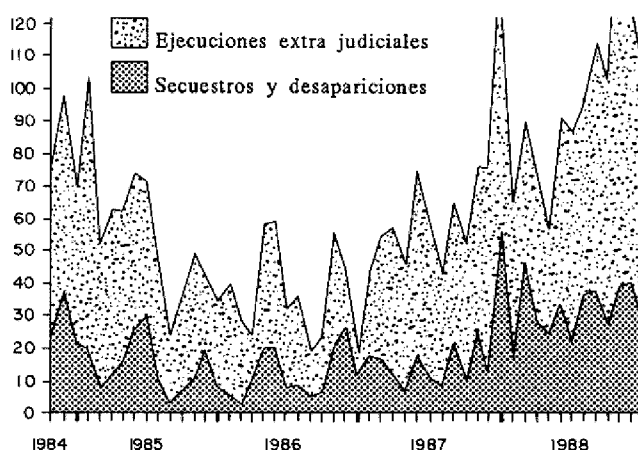
La trivialización del horror

Algunas sociedades centroamericanas se han ido constituyendo en los últimos años, como sociedades con miedo. La vida cotidiana de la población civil en Guatemala, en El Salvador desde hace años y por períodos y regiones en Honduras y Nicaragua, ha experimentado de manera reiterada el terror que produce la muerte violenta, la del prójimo que se va (o su desaparición o su fuga para salvar la vida). Próximo es el próximo, es decir, el amigo, el pariente, el vecino, el "conocido" e identificable por alguna razón y con quien hay una variable relación de involucramiento personal. En nuestra cultura judeo-cristiana, la muerte conmueve de diversas maneras. En abstracto cuando ocurre en tiempo y lugar distantes y sólo cuando el número es importante. Para la piedad ajena sólo cuando el número de indígenas muertos es muy alto. Para la solidaridad con los campesinos sólo si es genocidio. El dolor infringido al prójimo produce dolor en función de la relación de conocimiento que luego se traduce en distintas formas de reacción (ritos y actos de revan-

cha, promesas de respuesta, *vendettas* imaginadas, etc.) y cuando el terror es generalizado, simplemente en una sensación de impotencia y miedo.

Este tercer rasgo de la situación centroamericana es una terrible herencia que deja la crisis. Constituye lo que llamamos la trivialización del horror. En el desarrollo de la vida cotidiana, y no sólo dentro de los que se atreven a actuar en el juego político, la población se ha acostumbrado a convivir en condiciones extraordinarias, anormales, de miedo, dolor, inseguridad y desconfianza. Es lo que O'Donnell ha llamado la "normalización de lo anormal" que florece en aquellas condiciones en que se vive un clima de incertidumbre generalizada, de ilegalidad en el sentido de que ni la ley ni las autoridades establecen las reglas del juego.

En Guatemala, en El Salvador, a ratos en Honduras, en las zonas donde la insurgencia actúa en Nicaragua se vive una atmósfera de terror cuyos elementos están dados por la actuación impune, reiterada y pública de grupos privados o paramilitares que asesinan, secuestran, desaparecen y obligan a conductas que afectan a toda la población. Esta sensación de que nadie está libre de sospecha, de punidad previsible generalizada constituye el fundamento de un nuevo orden social y político al que nos hemos estado acostumbrando desde hace muchos años. Quien tiene el poder decide quién es el enemigo y cómo debe ser tratado. Por eso se habla de ilegalidad imprevisible, porque la autoridad legal no es capaz de establecer los límites de su poder y éste



Fuente: octubre de 1984-diciembre de 1986: Inforpress Centroamericana; enero de 1987-diciembre de 1988: CERIGUA en base a informes de *Prensa Libre* y *El Gráfico*.

Violaciones al derecho a la vida (octubre 1984-diciembre 1988).

se ejercita diariamente con desborde normativo lleno de horror, crueldad visible y pública, con despliegue de una total impunidad.

En Guatemala, el presidente Cerezo anunció a comienzos de 1989, que había mejorado la protección de los derechos humanos porque sólo ocurrieron 1 706 (mil setecientos seis) casos de desaparecidos. El presidente tiene razón, pues la cifra en relación al pasado, es menor, pero es atroz. ¿Es ésta una transición a la democracia? El siguiente es el resultado de los tres primeros años de gobierno demócrata cristiano en Guatemala. Son datos oficiales sobre la calidad de la violencia experimentada:

¿Qué clase de sociedades son éstas donde tres desaparecidos diarios ya no conmueven a la opinión pública?

Aun la muerte natural constituye una vivencia traumática en el tipo de cultura cristiana como la que predomina en nuestras sociedades y donde no se acepta que ella, la muerte, sea un dato previsible de la vida. La banalización del miedo, que corresponde a esa convivencia permanente con la muerte por causas políticas no es un resultado sino un medio. Ha sido escogido y por ello racionalizado desde el poder. Forma parte del poder, porque su ejercicio, hoy día, lo supone. El orden social, en esta cultura atrozmente autoritaria, sólo se impone con la violencia y el miedo es un recurso ordenador.

Los mecanismos psicosociales que se ponen en movimiento en sociedades aterrorizadas han sido estudiados en otras latitudes. Se conocen sus efectos negativos y castrantes. La situación que se vive en Guatemala y El Salvador se alarga ya muchos años. En Honduras se trata de una violencia recurrente pero no sistemática. En Nicaragua, las fuerzas mercenarias la utilizaron como método primario en sus relaciones con la población civil. El manual de la CIA, denunciado desde la prensa norteamericana aconsejaba con criminal cuidado el momento y la forma de torturar.

De esto existe documentación disponible. En todo caso los mecanismos son múltiples y bien conocidos: cateos sistemáticos en barrios acompañados de conductas sangrientas que no forman parte del operativo; registro de vehículos donde abundan los golpes; capturas que llevan de inmediato a la tortura; asesinatos en plena calle y mejor si a la luz del día; y, finalmente, los desaparecidos.

Las herramientas de la represión y el terror, al que se ha acostumbrado la población centroamericana, son muchas. Proliferan las policías con distintas denominaciones. Son cuerpos legales que

se exceden brutalmente en el cumplimiento de sus funciones normales. Están autorizados para desarrollar iniciativas extraordinarias. También hay cuerpos ilegales, conocidos con el nombre genérico de "grupos paramilitares", denominación que corresponde propiamente a la función que realizan y no a la estructura que tienen. Son, pues, cuerpos militares, pero amparados en la ilegalidad y la privacidad, que realizan las tareas sucias del secuestro y la muerte. En Guatemala y El Salvador el Estado perdió a su antojo el ejercicio de la violencia legal y entregó a grupos privados la aplicación estatal de la fuerza. Existen más de veinte grupos funcionando hasta 1988.²

Antes de que la D.C. tomara posesión del gobierno, en El Salvador, entre 1982 y 1984, el reporte del observador alemán Richard Jacob³ informó sobre 2 688 asesinatos políticos. La violencia continuó, tal como sucedió en Guatemala, independientemente de la elección de autoridades civiles. Según el *American Watch*, el número de asesinatos atribuidos a los escuadrones paramilitares en El Salvador se ha triplicado entre 1987 y 1989.

A partir de estas experiencias, afirmamos que el terror busca crear una atmósfera donde lo siniestro es real, pero en la que no se sabe dónde está, de quién depende. Es, por ello, impredecible, incierto. Aparece como la lucha contra la subversión. ¿Cuál de todas? Esa indefinición produce confusión. El procedimiento se justifica frente al peligro externo, cuando se dice que la violencia viene de otros, de afuera, que no se sabe quiénes son pero a los que hay que combatir. La matanza de El Aguacate (Chimaltenango, 23 de noviembre 1988, Guatemala) o la masacre de San Sebastián (San Vicente, 21 de septiembre de 1988, El Salvador), corresponden exactamente a esa lógica incierta. Todo es impreciso salvo los cadáveres degollados con alambres de púas, o el tiro de gracia, preciso, puntual. En la reproducción del terror, mueren también los que denuncian el terror. Tal vez el miedo no se combate, pero no se le acepta ni se le ignora.

2 El juez Héctor Larín puso en libertad a 8 militares, pertenecientes a ARENA y acusados del secuestro de varios empresarios. El fiscal de la Corte Suprema, Roberto García Alvarado, quien dejó sin efecto esa orden e inició un juicio penal contra Larín, fue asesinado en un atentado similar al que cobró la vida de otro juez, Jorge Serrano, quien en mayo de 1988, intentó condenar a los miembros de esa banda. Véase *Crónica*, núm. 73, página 6, Guatemala.

3 *Derechos y democratización en El Salvador, 1986-1987*, INCEP, Guatemala, 1987, páginas 20-21.

La ritualización de la violencia camina en diversas direcciones hasta ser (o hacerse) aceptada como un hecho cotidiano de la vida pública y privada, confundidas ambas en el momento del crimen y en la percepción de la gente común, del ciudadano aterrorizado que sólo sabe que aún está vivo porque no sabe las causas de la muerte del otro. Porque interrogarse a fondo por el crimen político de ese día es volverse cómplice o acusador de los ejecutores que lo rodean. La utilización del terror sólo tiene finalidad política si se hacen públicos sus resultados. De ahí la trivialización del horror. Se busca en realidad producir diversos efectos necesarios para "el sentido del orden". Uno de ellos es paralizar la protesta; el terror produce inactividad y su resultado es el retraimiento como una forma de adaptación negativa. La evasión, la improductividad, el llamado "exilio interior" en los intelectuales. El otro efecto del miedo es alimentar la complicidad, resultado de otra forma de adaptación, esta vez no por omisión sino por la acción inmoral... Se salva la vida colaborando con los que producen la muerte. Aparte de que es ésta una forma evidente de cobardía moral, el sentido de sobrevivencia es superior al sentido ético de culpabilidad. La sociedad centroamericana ha producido héroes y desertores, traidores y rebeldes, pero también una inmensa mayoría de ciudadanos que se acostumbraron al terror y ya no reaccionan a él de la manera esperada en una sociedad civilizada de finales del siglo XX.

Es éste uno de los resultados de la crisis en varios países de la región. No basta con decir que hay aquí un reforzamiento de las prácticas autoritarias. Es algo más y algo peor. Constituye una situación límite en el uso de la violencia para sostener un orden político. ¿Cómo puede (sobre) vivir un ciudadano guatemalteco, hondureño o salvadoreño, si su vecino, amigo o pariente, o algún pariente de ellos ha sido desaparecido/secuestrado/asesinado? Vivir junto a la muerte, en tales condiciones, ayuda a romper la solidaridad elemental, la del dolor ajeno. No hay peor complicidad que la indiferencia consciente, razonada. También, este clima alimenta otras conductas disociativas, como la venganza pagada, la justicia por mano propia, la delincuencia que ha aumentado considerablemente, especialmente la juvenil-colectiva, manifestada en las pandillas juveniles ("maras" en Guatemala), la desvalorización de la ley y del sistema judicial, etc. En el desarrollo de todo esto se confunden los límites entre la violencia criminal y la política, la defensa

del fuero privado enfrentado al del orden público. En resumen, la experiencia centroamericana es que se puede vivir con el horror y la desesperanza. La trivialización de todo esto no ayuda a la democracia, aunque como se ha probado ya se puede votar con el miedo en la conciencia y en los ojos. Pero así no se puede elegir.

Este examen sucinto no quedaría completo si no dijésemos que del miedo participan todos los sectores sociales, incluyendo la burguesía que duerme en residencias cercadas y vigiladas, o los militares y otros grupos que han reducido su vida privada bajo el ojo vigilante del guardaespaldas. Pero en la construcción del odio, el terror y la muerte, los grupos de izquierda también tienen una cuota de responsabilidad que nunca ha sido señalada. Hace falta mencionar este dato cierto, pues hay acciones de violencia que no se justifican ni aun en el clima de persecución y acoso que sin duda experimentan los grupos guerrilleros. ¿En qué momento la violencia revolucionaria empieza a producir desgarramientos y pierde su dimensión ética? ¿En la estrategia revolucionaria, quién señala el límite que tiene que existir frente al terror blanco?

La sociedad de la quinta parte

La economía centroamericana creció aceleradamente en los veinticinco años que precedieron a la crisis. Las tasas de ese dinamismo fueron las más altas, como promedio, en América Latina. Contribuyeron a modernizar y a empobrecer Centroamérica. El cambio social fue profundamente inequitativo y acentuó brutalmente tales diferencias que, en todo caso, no fueron resultado de ella. Constituimos hoy día una sociedad profundamente heterogénea, aún más segmentada social y culturalmente que aquella que la estratificación económica modernizadora venía produciendo. Heterogénea estructuralmente en el sentido de grupos sociales que viven y producen con lógicas históricas distintas. Segmentada en el sentido de la existencia de grupos sociales que tienen experiencias de vida no sólo distintas, sino lejanas y contradictorias entre sí, sin posibilidad alguna de articulación o cambio en el mismo momento del desarrollo que experimentamos.

Estos retrasos ya no son consecuencia del desarrollo desigual que conocíamos sino del estancamiento prolongado. La dinámica del desarrollo desigual es ahora más perversa porque se origina

en la fragmentación de los mercados de trabajo, en los retrasos de la agricultura en el interior mismo de los sectores tradicionales y modernos, en la informalización creciente de la economía y del mercado de trabajo, en la pérdida de impulso dinámico del sistema mismo. Siendo esto así, lo más atrasado productivamente se retrasa más.

Los datos de la pobreza de la población centroamericana constituyen solamente un indicador de la condición social de cerca de un 80% de los grupos humanos en 1989. La pobreza no es sólo carencia de, sino impotencia para actuar; ineptitud para la organización propia; inercia al aceptar la desesperanza; todo lo cual empeoró notablemente en los últimos años. En el otro extremo, la sociedad centroamericana tiene una minoría activa y participante, que se vigorizó con la crisis y particularmente con la violencia estatal. Esa es la minoría con educación y esperanzas, que tiene trabajo y se asegura algún tipo de ingreso y que constituye aproximadamente un 20% del total de los veinticinco millones de centroamericanos. La pobreza de las cuatro quintas partes y las distancias sociales han aumentado.

Constituimos una sociedad que pareciera estar formada con sólo una quinta parte de los seres humanos que la forman. Esta porción —burguesía de distintos tamaños y grupos que se le identifican socialmente, clases medias y altas y otros grupos asalariados que mantienen conductas de consumo y prácticas de cultura que los asemejan al grupo anterior y por supuesto, otros sectores de pequeños productores que buscan similitudes en los estilos de vida que estos últimos practican— recibió en 1980 un ingreso promedio de 1 330.10 dólares (de 1970), en tanto que en 1986 lo aumentó a 1 729.6 dólares per cápita. El resto de la población, en diversos grados de precariedad, en cambio, percibió 246.60 y 290.00 dólares, para ambas fechas.

La parte dinámica, participativa y con alguna eficacia en el poder de la sociedad centroamericana, pareciera estar formada, en consecuencia, por un poco menos de cuatro millones de personas, que son las que tienen acceso al trabajo —bien o mal remunerado, pero permanente— a los servicios de educación y salud por restrictivos y declinantes que vayan siendo; tienen una vivienda, deteriorada o no, pero resuelto el problema del techo. En la sociedad de la quinta parte, esta minoría humana es la que disfruta de la oferta de bienes industriales, participa en la producción y el consumo cultural formando la llamada opinión pública; tiene acceso a la televisión,

a los medios de comunicación social tales como diarios, revistas, etc. Su integración al mercado es ciertamente desigual pero está asegurada tanto por la vía del trabajo, de la producción, del ingreso y del consumo; su integración política es problemática pero está formalmente garantizada porque disfruta de algún grado de organización, de presión y defensa y porque tiene conciencia activa de su propia condición. Por lo demás, de este “quinto social” es de donde salen los militantes y los cuadros de las organizaciones sociales, políticas y culturales de todos los pelajes. Los grupos poderosos que están en la cúpula de este “quinto” gustan llamarse así mismos “las fuerzas vivas del país”.

Sin embargo, en el interior de esta quinta parte hay todavía una élite poderosa por sus propiedades y sus ingresos, por los niveles de información que manejan, por su equipamiento cultural, por sus relaciones familiares y de negocios. Pertenece a los diversos estratos del sector empresarial, y se encuentra articulada por razones diversas a los círculos del poder nacional e internacional. Este grupo, difícil de calcular en términos cuantitativos constituye la clase dominante. De ahí salen los dirigentes políticos, los cuadros técnicos, el alto clero católico, los gerentes, los jefes militares, los tecnócratas y los intelectuales, ya sean voceros ideológicos del sistema o sus detractores. Los estilos de vida, cada vez más segregados, sus modalidades de consumo, cada vez más cosmopolitas, la concentración de la riqueza en sus manos, acentuada por la crisis, la concentración de la información y el saber hacen que la sociedad centroamericana tienda a ser hoy día más segregada que antes. ¿Por qué? Porque el resto es sector informal, es marginalidad social, subordinación política, desprotección legal, incultura, miseria cada vez más visible, impotencia y desesperanza cada vez más profunda...

Lo anterior no es sólo el resultado de una modalidad de modernización y cambio. Es también el efecto no previsto de una década de violencia y terror. La crisis política ha sido funcional para apresurar la acumulación de riqueza. Es ésta una modernización cada vez más parcial y segmentada. De hecho, concentradora. En la revolución tecnológica tan profunda que estamos viviendo, sólo unos pocos se incorporan. La sociedad de la quinta parte incorpora conocimientos y aptitudes que no pueden generalizarse. Ahora que la crisis termina y sus efectos permanecen, advertimos que dejar al margen a una apreciable mayoría es una necesidad funcional a la naturaleza del cambio concentrador, pero sobre

todo, del tipo de poder social que ha terminado por establecerse. Un ejemplo de ello es la revolución en la informática que vuelve más poderosos a quienes manejan paquetes de información costosa y de obtención difícil.

La marginalización de la mayoría corresponde a las desigualdades que la modernización acentúa. La informalización es una manera de fijar socialmente a grupos humanos importantes y detener procesos de movilidad social. La tendencia histórica de la economía va en el sentido del aumento sin precedentes del volumen de actividades y empleos informales y de las modificaciones en el nivel de vida de los integrantes de ese sector. Una investigación preliminar referida a Guatemala, da cuenta de que en la ciudad capital existen 125 000 unidades de "producción" y "servicios", las que generan un empleo de 340 000 personas, es decir, el 25% de la población económicamente activa del Departamento de Guatemala, pero alrededor del 12% de la oferta total del país (FADES, Guatemala, 1987). Utilizando otra metodología, en Costa Rica se ha determinado que el 61.3% de los trabajadores lo son por cuenta propia. En El Salvador más de 254 000 personas se encontraban en diferentes actividades calificadas como informales.

La abundancia de actividades artesanales, de trabajadores por cuenta propia y de pobreza urbana existente desde hace mucho tiempo y resultado del tipo de crecimiento económico experimentado, no debe confundirse con este proceso de informalización porque éste tiene algunos elementos nuevos resultado de la crisis. La reducción en la capacidad de absorción de la fuerza de trabajo en el sector moderno, los efectos de la inflación y de las políticas de ajuste, el crecimiento de la población (que constituye un factor que la izquierda nunca ha querido examinar como un problema real), etc. son producto de esa crisis. Las actividades no legales, generadoras de ingresos al margen de las modernas relaciones de mercado y de las relaciones contractuales de producción, se han visto multiplicadas en el medio urbano.

Las ciudades capitales de los cinco países de la región han acrecentado su población como efecto del reforzamiento de los factores naturales de expulsión rural, pero sobre todo, por la violencia político-militar. El problema de los desplazados interiores, de los que huyen de la guerra para salvar la vida y no sus pertenencias, tiende a generar desempleo en las ciudades y también estrategias elementales para sobrevivir. Sea provisionalmente, sea en forma definitiva, la tendencia a la informalización de la vi-

da económica constituye un dato importante de la vida urbana.

Uno de los trabajos más recientes de PREALC, con base en encuestas de hogares, indica que hacia finales de 1982 el sector informal tenía ya más de 415 000 personas en las áreas metropolitanas de la región, lo que significa casi un 30% de la ocupación total urbana, aunque con diferencias menores en San José (23%), aumentaron en Tegucigalpa (29%), Guatemala (30%), Managua (35%) y San Salvador (38%). PREALC y FLACSO comparten la apreciación de que estas cifras son hoy día notablemente mayores, aproximándose los informales al millón de personas, con apreciables variaciones cualitativas en el interior del sector, y con distintas formas de articulación al mercado formal. Debe hacerse notar que no se habla en ningún momento de la informalización en el campo, porque tiene otros antecedentes y corresponde más bien a un fenómeno anterior a la crisis.

Una última consideración sobre estas sociedades informalizadas. La construcción de procesos democráticos se vuelve más difícil por la contradicción que se vive entre la lógica de la exclusión social y la de inclusión política. ¿Cómo votan los informales? ¿Es éste un campo fértil para el *appeal* populista? En Centroamérica, para los privilegiados, el recurso a la violencia pareciera ser inevitable, para los excluidos la revolución debería ser necesaria. En ambos casos, son formas de defensa fatal.

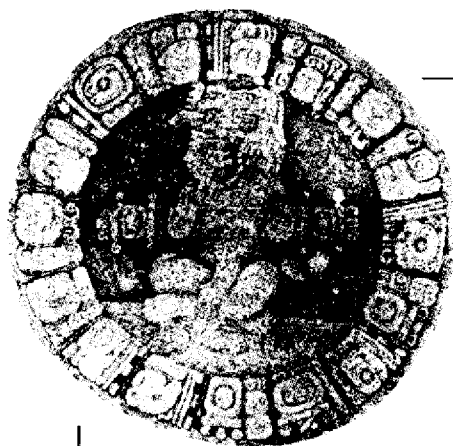
¿Qué hacer?

El paisaje social descrito en páginas anteriores está cargado de tintas oscuras. Resulta difícil escapar a tal visión, dadas las condiciones objetivas por las que actualmente transita Centroamérica. Seguramente hay aspectos positivos, amables, que la crisis ha dejado. El optimismo, sin embargo, no puede ser quien dicte los pasos del análisis aunque sí dé las soluciones que deben y pueden intentarse. Se trata de una crisis global de la que no sabemos bien cómo estamos saliendo. Las opciones de tal salida están definidas, por un lado, por reiniciar el crecimiento económico. Por el otro, por construir la democracia que es posible en sociedades con tradición autoritaria. En general hacemos nuestra la propuesta de quienes piensan en otro tipo de desarrollo que se resume como una orientación para satisfacer la totalidad de las necesidades humanas, empezando por las básicas; el de ser cada vez más autónomo

de los grandes centros de poder y tener, por ello, una creciente capacidad endógena; estar en armonía con la naturaleza y apoyarse en los recursos del medio ambiente, respetándolos; finalmente, contar con la activa participación de la población, para que el desarrollo sea un esfuerzo de todos y para sí mismos.⁴

Si el futuro fuese una prórroga obligada del presente no habría ninguna posibilidad para imaginar una democracia sería imaginable para buena parte de Centroamérica en proceso justamente de democratización. Debemos subrayar la idea de proceso,

porque la democracia política sólo es un objetivo, un programa, una reivindicación... La democracia posible es una opción. Esa opción gira en torno a la reconstrucción de la vida política y ésta se refiere a la creación de regímenes políticos democráticos a partir de los cuales podrían enfrentarse mejor los retos del futuro. Hay que alejarse de los traumas que nos agobian hoy día. Intentar la reconstrucción social, cultural, ética de la vida nacional. Sólo los grandes consensos permiten lograrlo. La gran tarea es imaginar cómo, desde la precariedad en que estamos, podemos construirlos.



DICIEMBRE 1990

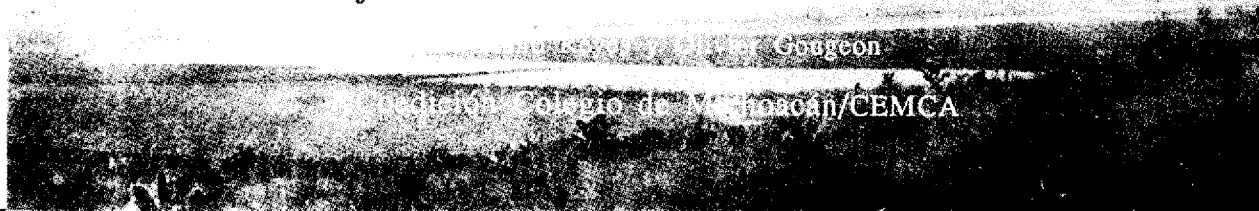
TONINA
UNE CITÉ MAYA DU CHIAPAS
(MEXIQUE)

Tomo IV

Coordinado por P. Becquelin y E. Taladoire
en la serie I de la *Collection Études Mesoaméricaines* volumen 6,
586 páginas, 160 ilustraciones, mapa fuera de texto

CUADERNOS DE ESTUDIOS MICHOACANOS 3

Paisajes rurales en el Norte de Michoacán



4 Dar. Hammarskjöld Foundation, *What now-Another Development*. Uppsala, DHF, 1975, página 136.